

Aula 13. Vuelve (Antes de abandonarme) [“Come Back (Before You Leave)”] (2ª Parte)

Jueves 4 – Sábado 6 de Abril (Kasuga & Amateratsu)

Otra mañana más. A pesar de que el sol brilla, los días grises han vuelto. No son como los de antaño: tormentosos, torrenciales, insoportables. Pero me resultan casi igual de duros. Toda una serie de sensaciones olvidadas vuelve con fuerza. La rutina me aplasta de dolor y cansancio. Como siempre, mi madre empuja a mi padre a decidirse por lo que va a tomar casi sin abrir la boca. La que me espera cuando se marche. Kenji todavía está cabreado por la manera en que lo han ‘desalojado’ de la cama. Eso le pasa por no irse pronto a dormir. Y mi hermana sigue aislada del mundo exterior. Como le han prescrito reposo absoluto y no puede hablar, tiene que comunicarse con una pizarra para pedir las cosas. Un tratamiento muy duro de llevar para alguien como ella, una persona muy alegre, comunicativa y vital.

Mientras remuevo el café, me detengo en el detalle: *okāsan* se marcha a finales de este mes. Buenas noticias: podré trabajar tranquilamente en el *Shin ABCB* y recuperar mis maltrechas finanzas. La toma de contacto ha sido buena, tanto en la cocina como en la barra. No tan bueno el esfuerzo para desplazar el mobiliario. Los que trabajan allí me han recibido de muy buen grado. No sé si será por mi actitud o por ser el hijo de unos amigos del jefe. El tiempo lo dirá.

No obstante, el tema de los papeles para el visado logra que desvaríe. ¿Qué pasaría si fuera yo quien se marchara a Canadá para no regresar? Tendría que volver a empezar, eso es cierto. Pero podría olvidarme de Amateratsu, candidata en firme a ser la futura esposa del capitán del Club de *Karate*, y simplificarme un poco la vida. Me sabría mal por Nakahara, que sé que está loquita por mis huesos, pero dos personas no se quieren si no se corresponden. Y por Genda, que es un buen tipo. Por desgracia, la vida es como una estación de trenes: podemos coincidir en la Terminal, pero no siempre tomaremos el mismo convoy. Lo que no sé es porqué utilicé los poderes para escabullirme de ella en los lavabos de la embajada. Bien es cierto que todavía no tengo las más mínimas ganas de conversar. Y más después de lo que sucedió el Día Blanco. Vale que llegaba tarde a la cita con Master y que no soy muy fan de plantar dos veces a alguien pero...:

–Izumi-*chan*, ¿me recibes? Aquí base central en Kanagawa. ¿Has oído lo que te he dicho? –Ofukuro-*san* me saca de la disertación en la que estaba zambullido.

–¡Seguro que estaba pensado algo hentaión!

–¡Kenji-*chan*, métete en tus cosas y deja a tu hermano mayor! ¡Te recuerdo que te estás jugando quedarte sin vacaciones de verano! – Mi madre ya ha sacado el látigo. Mi hermano pequeño se calla de manera fulminante.

–¿Decías, *okāsan*?

–Preguntaba cuando ibas a ir a buscarme el billete de avión.

–Mañana por la mañana, a primera hora.

–Eso espero. Ya sabes que en unas semanas me marchó. Quiero que os comportéis durante mi ausencia. Bien, es hora de irse al colegio. Siento tener que dejar a Akemi sola, pero creo que se las apañará sin problemas.

Una vez se han marchado mi padre y mi hermano pequeño, mi madre ejecuta su acción favorita: la encerrona. Cada vez que ello sucede, el interrogatorio resulta inevitable. Esquivo sus preguntas como un púgil sonado que tiene que mantener el equilibrio como puede. No quiero explicarle lo que sucedió el Día Blanco, pero algo le hace sospechar. Y menos todavía, el encuentro fortuito de la embajada y el uso ‘ilegal’ que hice de los poderes.

Durante el entrenamiento con el Club de *Karate*, sufro las consecuencias de lo acontecido en estas últimas semanas. Nakamura-*sempai* la tiene tomada conmigo. Dice que estoy descentrado y que mi cuerpo, a la hora de ejecutar las *katas*, no muestra armonía en los movimientos. Añade que nota falta de ritmo y que debería haber practicado durante las vacaciones. Encima, pone como contrafigura a Genda, que tiene que mirar para otro lado y evitar un gesto que se traduzca en enfrentamiento. ¡Y un cuerno! Me está ‘castigando’ por no haberle informado sobre mi ausencia para tramitar los papeles de mi madre.

El golpe final lo recibo durante la segunda hora. La directora me pide que acuda a su despacho. En principio, para entregarle los justificantes e informarle de los pasos dados. Sin embargo:

–¡Kasuga Izumi-*san*, ¿se puede saber qué estás tramando?!

–¿Cómo?

–Ayer, después de comer, tres excelentes alumnos se ausentaron de las clases para buscarte. Entiendo que estuvieran preocupados, y más después de lo que ha sucedido con Fujiwara y sus amigas. Pero aún así los he tenido que reprender esta misma mañana. ¿Tanto costaba explicarles que tenías que realizar unos trámites para tu madre y que habías pedido permiso?

Esas palabras me hieren y me hunden más todavía el ánimo. He sido un egoísta, sí. Pero la odiosa sensación de estar atado de pies y manos, de no poder manifestar con libertad y sin hacer daño a nadie mis verdaderos sentimientos, me ha dominado y todavía me domina. Nakahara, Nakamura-*sempai*, Amateratsu... Más que un estudiante, parezco un acróbata ejecutando auténticos prodigios de equilibrio:

–*Gomen nasai*, Watanabe-*sensei*. No se repetirá.

–*Onegai*, Kasuga-*san*. Has ganado unos amigos excelentes que se preocupan por ti. Y de esos me temo que hay pocos. Trata de cuidarlos. Si estás enfadado con alguien, dale un respiro para que pueda expresarse.

Cuando salgo del despacho, me siento en el banco ubicado en la sala de espera. Definitivamente... Ojalá fuera yo y no mi madre quien se marchara a América. Para no volver. Sin embargo, no se cómo, sus palabras vuelven para reconfortarme: “No te rindas y ten paciencia. Aunque ciertas veces el cansancio nos supera y nos cuesta mantener la fe, hay que seguir luchando por aquello en lo que creemos”.

* * *

Hay días en los que me cuesta ser optimista, lo cual resulta impropio de mí. Por desgracia, en estos últimos empieza a convertirse en una fea costumbre. Esta mañana ha sido una buena muestra. Nada más entrar, a primera hora, la directora nos ha citado a Genda, a Ayumi y a mi, y nos ha soltado una bronca monumental por habernos ausentado de las clases de la tarde. A pesar de que entiende nuestra

preocupación, ha calificado nuestra decisión de impropia e injustificable. Acto seguido, nos ha confirmado que Kasuga ha pedido un permiso especial para tramitar una documentación y viajar al extranjero. La noticia ha caído sobre nuestras cabezas como un jarro de agua gélida. La segunda ha quedado especialmente tocada al conocer las razones de la ausencia. En mi caso, he tenido que tragarme toda la tristeza y la decepción, y asumir su marcha como inevitable. El primero también ha permanecido muy afectado por las nuevas conocidas.

La reprimenda ha sido tan larga que ha durado toda la primera hora. Y justo en la segunda, quien ha estado desaparecido ha sido Kasuga. Genda me ha comentado que ha asistido al entrenamiento del Club de *Karate*. Lo raro es que se haya esfumado sin más. Los tres suponemos que esos ‘trámites’ lo siguen teniendo muy atareado. Y a la hora del patio tampoco ha dado señales de vida. Podría llamarlo a su móvil pero... Delante de mi amiga quedaría hartos sospechoso y a escondidas aún peor.

Al final de la jornada, vuelvo a casa junto a Ayumi. La ausencia de Akemi también pesa en estos momentos. Ambas, aplastadas por la tristeza, somos incapaces de hablar de nada. La insinuación de la segunda todavía retumba en mi cabeza. Bien es cierto que, para mí, el amor ha sido algo desconocido. Con tanta mudanza, he sido incapaz de apreciar que llamaba la atención de los chicos. Ni tan siquiera he perdido un minuto en reflexionar sobre ello. Y, a veces, ese vacío me entristecía tanto. Pero tanto. Hasta que he llegado aquí, a esta ciudad. En nada, sin casi darme cuenta, se ha producido un cambio tan inmenso, con dos nombres propios implicados, que ha logrado convertir mi vida en extraña. Y hacerme sentir exactamente así, ya que ellos han transformado mi vida en extraña.

Nakamura-*sempai* es un tipo encantador que podría conseguir a la chica que quisiera. Y por ello todavía no sé si sólo soy un juguete en sus manos o alguien que merece su atención. ¿A quien no halaga que uno de los chicos más populares y atractivos del Kōryō le pida una cita? Por su parte, cuando estoy cerca de Kasuga, es como una reacción química que me da todavía más confianza. Aunque han pasado muchas noches, todavía puedo recordar aquella en el Giradō Ian, cuando bailaba junto a él medio borracha. A pesar de nuestros más y nuestros menos, en diversas ocasiones he lamentado no pedirle que se quedara más rato conmigo. No sé si es el aire que respiro, el sol del amanecer que contemplo cuando me levanto, las sensaciones celestiales que me acompañan cuando pienso en él... Pero las dudas me hacen comprender una cosa: ya no puedo reservar un espacio o una habitación a mi corazón en caso de que se quiebre. No, no debe irse.

El tacto de un dedo en mi hombro me conecta de nuevo a la realidad. Aparecido de la nada, Ayumi y yo tropezamos con Kasuga. Sale de una agencia de viajes con un sobre alargado de *Air Canada* en la mano. Sin embargo, la expresión de su cara refleja cual espejo un estado de ánimo inexplicablemente similar al mío:

–*Konnichiwa*, chicas.

–¿No tienes nada que decirnos?– Está vez, las palabras inquisidoras no salen de mi boca sino, por sorpresa, de quien me acompaña.

–*Gomen Nasai*. Lamento no haberos explicado nada sobre de mi ausencia. Y haberos preocupado tanto. Desconocía todo el lío al respecto de las expulsiones y las detenciones en el *gakuen*.

–¿Es ese un billete de avión?– Vuelve a interrogarle Ayumi con un tono más próximo al de un torturador de la policía secreta.

–*Hai*. Para Toronto... Sólo de ida.

Es entonces cuando lo inesperado e inhabitual acontece. La expresión de mi amiga ha ido mutando desde la furia contenida hasta las lágrimas desbordadas. Ella, una persona modosita, pacífica y nada amante de la violencia, le pega a bocajarro un puñetazo en el estómago a Kasuga. Después, arranca a correr. Él se queda paralizado y hundido, sin ningún tipo de reacción. A pesar de que su actitud me sigue enojando, me juro a mi misma que, si se tiene que marchar, que sea dejando buenos amigos, no odio y rencor.

De inmediato, arranco a correr detrás de Ayumi. Suerte que estoy en mejor forma. La alcanzo al cabo de unos minutos y la detengo. Saco un pañuelo de mi cartera para secarle las lágrimas. Soy una completa idiota. Yo debería estar llorando más que ella por su marcha. Sin embargo, algo me dice que no soportaré su ausencia. Ya no puedo más: el agua salada también se escapa de mis ojos, producto de tanto dolor contenido. Trato de convencerla con argumentos. Kasuga no lo está pasando mucho mejor que nosotras. Si no ha querido decirnos nada era para ahorrarnos el dolor del adiós. Finalmente, le hago una sugerencia que devuelve la sonrisa a su rostro, enrojecido por las lágrimas y tenso por la furia: comer todos juntos a lo grande, a modo de despedida, mañana.

* * *

Ya es viernes. Como casi siempre, se repite la rutina de todos los días: levantarse, las quejas de mi hermano, el desayuno –con la ausencia, una vez más, de mi hermana–, la reunión familiar en la cocina, la opción de la encerrona inquisidora... Al final, se ha salido con la suya: ganduleará un día más en casa y no volverá a las clases hasta el lunes de la semana que viene. De todos modos, no me cambiaría con ella por nada del mundo. No poder hablar durante tantos días. Eso sí que es una tortura. Cuando todos nos levantamos de la mesa y nos disponemos a preparar los bentō, mi móvil emite un tono de entrada de mensaje. Es de Amateratsu. Menos mal que Akemi no está y no sabe que ambos tenemos el número del celular del otro. Si se llega a enterar Nakahara tendría un problema muy pero que muy serio. “Ayumi-*chan* y yo sentimos mucho lo que aconteció ayer. Por eso, te invitamos a comer. No hace falta que prepares nada. Nos vemos”. ¿Se puede saber que están tramando?

La mañana transcurre con la normalidad habitual. Me zambullo en la rutina con tanta profundidad que, cuando llega la hora de la comida y quiero darme cuenta, Amateratsu me arrastra hasta la azotea. Genda, que por lo visto también está al corriente de todo, nos sigue intrigado. Al llegar arriba, Nakahara nos espera de pie, junto a unas mesas preparadas para la ocasión. Su rostro ha cambiado radicalmente. Sonríe avergonzada; con esa expresión que la hace tan tierna, inocente y encantadora. Reconozco que es una de las cosas que más me gusta de ella. Por desgracia no resulta suficiente para ahogar tanto dolor y oscuridad. Nos da la bienvenida y se disculpa por

golpearme ayer. Debería ser yo quien lo hiciera por haber pecado de egoísta y poco delicado.

La comida transcurre con la cordialidad de siempre. Las conversaciones son amenas y divertidas, en especial, la faena que les ha costado tanto a Nakahara, que ha tenido que decirle a sus padre que lo preparaba para sus amigos; como a Amateratsu, obligada a utilizar la misma coartada para evitar un tercer grado de su padre, ‘alérgico’ a posibles novios. A continuación, me preguntan por Akemi. Les comento que el lunes volverá a las clases en plenitud de facultades. Cuando llega el momento del brindis, lo que contemplo me asombra. Quien lo pronuncia no es, como sería de esperar, la persona más alegre y dicharachera... Sino la más tímida y reservada: “Por nuestro futuro... Y porque podamos seguir reuniéndonos día tras día... Para comer... Para hablar... Para reír...”. Sus palabras se confunden con las lágrimas y el llanto contenido. Y las expresiones de mis amigos no son de incomprensión. Al contrario, acompañan lo que ella siente. Algo no encaja. Estoy seguro que el banquete ha sido un acto de desagravio y descargo por haberme agredido. Pero no comprendo esas caras más propias de un funeral que no de una celebración. Aquí pasa algo.

De vuelta en casa, tumbado en mi cama, trato de entender los acontecimientos vividos. Sin embargo, no encuentro la combinación que lo cuadre todo. Tiene aún menos sentido que un cubo *Rubik* desordenado. Tratando de aliviar la incertidumbre y la incomprensión, me precipito hacia el equipo de música y busco los auriculares. A la hora de seleccionar el disco, me cuesta decidirme. Queda claro que no estoy de humor para escuchar algo nacional. Guiado por una melancolía cada vez más fuerte, acabo tomando *We Can't Dance* de Genesis. Poco a poco, el desasosiego desaparece, sustituido por una relajante sensación de serenidad y confort... Que logra adormecerme. Por descontado, mi estómago se olvida de la cena. Y casi no me doy cuenta de que mi madre me retira los cascos, me tapa y me acaricia el pelo.

El sábado arranca con dos sorpresas. Tropezco con la primera nada más entrar por la puerta de la cocina, medio dormido, a la hora del desayuno: mi hermana ya se ha recuperado de su convalecencia... Y está plena forma: no para de quejarse por la presión de decidirse rápido sobre lo que va a tomar. Mi madre, especialista en respuestas contundentes, le insinúa que si no baja la voz, podría perderse uno de los acontecimientos más esperados por los Kasuga en estos meses: la reunión familiar para celebrar la llegada de la primavera. Extrañamente, la floración de los cerezos se ha retrasado este año un poco. Uno no sabe si pensar que se trata de una señal premonitoria. “¡Por nada del mundo me perdería el *Hanami Chana* y la excelente comida de tía Manami!”. *Ofukuro-san*, enfadada, carraspea. Akemi, enrojecida de vergüenza, le acaba de hacer un feo monumental: mi madre también colabora muy activamente en la preparación del banquete. Y, por lo visto, lo ha olvidado.

La segunda llega a través de las ondas... De manera indirecta. Mi hermana me comenta que le ha llegado un SMS. Como consecuencia del reposo, casi se había olvidado dónde estaba su celular. Tan dejada y despistada como *otōsan*. Añade que esta tarde han quedado todos en la puerta del *Kōryō* para un plan ‘sorpresa’. Suerte que me he dejado el móvil en la habitación. Tras el desayuno, cuando vuelvo allí, leo el mensaje de Amateratsu. Un detalle me llama especialmente la atención. Me pide

que no falte “por nada del mundo”. ¿Se puede saber qué se le está pasando a esta chica por la cabeza? ¿Por qué duda de mi? ¿Es que no sabe que no suelo dejar plantado a nadie?... Definitivamente, algo muy raro está sucediendo. Y no sé lo que es.

* * *

La luz del sol logra que me despierte mucho antes de que el despertador me obligue a abandonar la cama. Al lavarme la cara y mirarme en el espejo, disfruto de la satisfacción por el trabajo bien hecho. Tras la disputa de anteayer, las cosas han vuelto a su cauce. Y ahora, a preparar la segunda parte del plan: diversión y una cena sorpresa todos juntos en un lugar neutral. La misma energía que me empuja hacia adelante es la que me pide que no piense en la marcha de Kasuga. Me indica que debo vivir al máximo todos los momentos posibles antes de que un avión se lo lleve bien lejos de Japón. Eso es lo que debemos hacer, ya sea Ayumi, Akemi, Genda o una servidora. Ya habrá tiempo para llorar su marcha. Todo el del mundo.

Antes de que mi padre y mis hermanos se despierten, y siguiendo el plan que hemos trazado juntas, enviamos los SMS a Genda y los Kasuga para reunirnos esta tarde. Después, me sumerjo en las tareas del hogar. Contener esa voluntad que me arrastra a lo largo de la mañana me cuesta horrores. Sólo me faltaría que mi padre pensara que tengo novio para acabarlo de complicar. O que Shinzo o Junichirō soltaran algún comentario inoportuno. Tengo tantas ganas de que llegue la hora de reencontrarme con ellos.

Y por fin llega el momento. Esta vez, a diferencia de las anteriores ocasiones, quedo con Ayumi y con Akemi en la puerta del Kōryō. El tema de conversación versa, como no podía ser de otra manera, sobre el estado de salud y la recuperación de nuestra amiga. Después, recordamos las anécdotas del concierto de la Ceremonia de Graduación de los de 3°. Otra vez el gimnasio lleno a rebosar, gente de otros institutos, *paparazzis*, agentes musicales que se precipitaban como buitres sobre los *C-Side*, la madre de los Kasuga protegiéndolos y ahuyentado a la tropa de carroñeros... Risas que suben a carcajadas sin fin. Nos acabamos cuestionando si va a pasar lo mismo cada vez que den un concierto.

Por desgracia, todo se apaga de un plumazo cuando reconocemos la figura solitaria de Genda acercarse al punto de encuentro. Ayumi no tarda ni diez segundos en preguntar:

–¿Dónde está Izumi-*chan*? Pensé que habías quedado para venir los dos.

–No lo sé. Como habíamos acordado que nos reuniríamos en el Kōryō, Kasuga-*san* me comentó que nos encontraríamos directamente aquí. Yo creí que seríais él y tú quienes vendríais juntos.

–Que yo sepa, la última vez que lo he visto ha sido en casa. Estaba buscando unas llaves y me pidió que fuera yendo hacia aquí.

–Akemi-*chan*, ¿no puedes llamarlo a su móvil?– Nakahara empieza a impacientarse. Malo.

–Buena idea, Ayumi-*chan*. Espera un momento, que lo tengo guardado en el bolso. ¡Oh, no! Me lo he dejado en casa.

–No pasa nada chicas, calmaros. Estoy seguro que no nos dejará tirados.

Genda tan optimista como siempre. Mira que soy idiota. Podría llamarlo yo misma. Sin embargo, tal cual están las cosas, si Akemi y Ayumi se enteran que tengo el número de su celular, las cosas se enrarecerían demasiado para poderlo soportar. Le pregunto a la segunda si puede telefonar a Kasuga. La respuesta es una mezcla de ironía y enfado: ya le gustaría. A continuación, se lo cuestiono a nuestro amigo, que también asevera de manera negativa. Es entonces cuando el sentido común se impone: buscar una cabina y llamar al teléfono de casa. Suerte que hay una muy cerca del instituto. Parece absurdo que tengamos que recurrir a algo como esto. Sin embargo, en este caso, peor es nada.

Un tono, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Hasta que finalmente comunica. No hay nadie en casa. En ese instante, Akemi recuerda que su madre le había comentado algo de ir a Yokohama a visitar a su tía Manami por algo relacionado con una comida familiar. La desesperación se ha tragado hasta el fondo esa energía que me estaba empujando hacia adelante. Las malas vibraciones que emiten los cuervos con sus graznidos dominan la atmósfera sin oposición. Kasuga Izumi, ¿por qué nos estás haciendo esto? Para acabarlo de redondear, la sirena de un coche patrulla de la policía nos acaba por asustar a todos. ¿Y si le ha pasado algo?

No nos queda otra. Habrá que buscarlo. Genda pide calma y seguir esperando. Sin embargo, eso sería válido para otras circunstancias. Dados los antecedentes de todo lo que ha acontecido a lo largo de la semana, hay que moverse ya sí o sí. Akemi, que ha estado desconectada de la galaxia del *gakuen*, se queda pasmada cuando le sirvo el abreviado de detenciones y expulsiones cautelares que se han producido en el Kōryō. La narración de lo sucedido logra que se decida. Por si un caso, decide volver a su casa para recuperar el celular y tratar de ponerse en contacto con su hermano. Genda la acompaña y promete llamarnos en cuanto lo localicen. Agregan que, si no está todavía allí, lo buscaran por el centro.

Ayumi y yo nos quedamos en el barrio. Empezamos por la comisaría. Ninguna noticia sobre su paradero. A continuación, el agente nos recomienda que tramitemos una denuncia de desaparición. Justo en ese instante, el celular de Ayumi suena. Descuelga y confirma el peor de los presagios: Kasuga no está en su casa y su móvil está fuera de servicio en ese momento. Como habían acordado, cruzarán el río para buscarlo en los lugares que frecuentaba más habitualmente. En nuestro caso, empezamos a buscarlo por los centros de salud y los hospitales. Pasan los minutos. Cuando queremos darnos cuenta, anochece y llega la hora de la cena. Mi amiga duda si permanecer a mi lado o marchar hacia el restaurante. Sin embargo, es ella quien ha hecho la reserva. Sería de muy mala educación anularla a ultimísima hora y por teléfono. Intenta disuadirme de seguir buscándolo y me pide que la acompañe. Considera que quedarme sola sería muy peligroso. Sin embargo, me niego. Algo en lo más profundo de mi ser me dice que su actitud tiene que ver conmigo. Por desgracia, necesito un momento de soledad para tratar de encajar las piezas, sea como sea. Al final, logro mi objetivo. Añado que en cuanto lo encuentre, llamaré sin falta.

Me siento en un banco, junto a una parada de autobús. Ya es noche cerrada. No puede haber sido un secuestro en represalia por las acciones contra los *Black Shadows* y las expulsiones del Kōryō. Kasuga es demasiado fuerte como para que

puedan con él. Aquellos gamberros ya tuvieron la oportunidad de comprobar cómo se las gasta cuando está furioso. Y dudo mucho que a Fujiwara le quede alguien para poder tramar algo tan bajo y rastroso. Es más, si lo intentara y le saliera mal, Kasuga sería capaz de ir hasta Nagasaki para ajustarle las cuentas. No, no puede ser eso. Espera. Y si... Veamos: el consulado, el billete de avión para Toronto, las vacaciones de primavera en Kyūshū cuando no estaban nuestros amigos, lo que aconteció el Día Blanco, la lectura que hizo del convite de ayer... ¿Y si es por mi culpa que se marcha? ¡Amateratsu Sakura, eres una imbécil! Si es así... Creo que ya sé donde está.

Corriendo, llego al pie de la escalera que conduce al parque que hay junto a la *Green House*, el lugar donde vivo. Empiezo a contar los peldaños en voz alta: 1, 2, 3, 4, 5... Albergo la vaga esperanza de que, al final de éstos, lo encontraré: 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42... Justo cuando me acerco a la parte de arriba del todo cierro los ojos. Al abrirlos, no sé si lo que hallaré sera el vacío o un espejismo: 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99 y 100. Al levantar los párpados, me quedo paralizada, casi incrédula. Kasuga Izumi está justo allí. No sé si estoy soñando o si es real. Es su voz la que me responde a ese interrogante:

–Amateratsu-san, ¿qué haces aquí?

–Eso es lo que te debería preguntar yo. Todos te estamos buscando porque pensábamos que te había pasado algo... Por suerte, sabía que te encontraría aquí.

–*Sumimasen*... Sólo miraba lo bonita que se ve la ciudad desde aquí, sobretudo de noche.

–¿Me acompañas?

Ambos nos sentamos en los columpios, ubicados mirando en direcciones opuestas. Kasuga lleva encima una vieja *Nikon reflex* analógica que no tiene precio. Y también, una *Canon digital reflex* de más de 100.000 yenes. Durante un buen rato, permanecemos en silencio. Noto tanta tensión en el ambiente que me cuesta hablar. El enfado por su ausencia y la alegría de encontrarlo colisionan en un cruce de emociones casi inédito para mi. Al final, la culpa de haber provocado su desaparición me vence:

–¿Cuando sale el avión hacia Toronto?

–A finales de este mes.

–¿Te gusta Canadá?

–Es una buena pregunta. Nunca he estado allí, pero mi madre me habla muy bien. Me comenta que es más tranquilo que los Estados Unidos, hay una variedad de paisajes inmensa, ciudades como Montreal o Vancouver, unos carnavales espectaculares, la oportunidad de aprender no sólo inglés sino también francés... ¿Y a ti?

–No he salido al extranjero, pero he conocido muchos lugares y ciudades de Japón. Y ninguna se puede comparar a ésta.

–¿Y qué tiene de especial? No deja de ser una ciudad como cualquier otra.

–Tiene este parque, estos escalones, el sol, los *sakura*, el instituto, la gente...

No puedo soportarlo más. Me levanto del columpio y me coloco a su espalda. No quiero que me vea así. Las lágrimas empiezan a escaparse de mis ojos. Sospecho que él siente algo por mi. No sé hasta que punto ni sé en qué grado de intensidad. Y

definitivamente, no puedo negar lo que siento por él. Sea lo que sea, no importa su definición: amistad, afecto, cariño, amor... Contenerlo es una misión imposible. Las palabras mágicas logran fugarse de mi boca:

–¡*Onegai shimasu!*... No te vayas a Canadá. No nos hagas esto.

–Ja, ja, ja, ja, ja. Amateratsu, ¿quien te ha dicho que me iba? ¡En ningún momento he tenido la intención de marcharme!

Esas palabras desencadenan la reacción más imprevista de todas. Lo abrazo por detrás con todas mis fuerzas. Le pido que no se sorprenda, ya que si fuera Ayumi quien estuviera aquí y ahora haría exactamente lo mismo. Aunque no lo parezca, ella también es de carne y hueso. La emoción de los acontecimientos ha logrado que olvide lo esencial: llamar a mis amigos. Les comento que ambos estamos bien y que ahora mismo vamos hacia el restaurante.

Sin embargo, primero nos dirigimos a casa de Kasuga. Me pide que espere un momento fuera para dejar las cámaras. A continuación, ya de camino al banquete, me explica todo el lío: justo antes de salir hacia la cita, su padre le había llamado al celular. Mañana tienen una reunión familiar y Takashi, su abuelo, le había pedido a éste último que le trajera la *Nikon* analógica que utiliza para retratar esas ocasiones. El problema radicaba en que él tenía que ir al estudio, que está en Akihabara, a buscarla, pues el primero no podía, ya que estaba en Yokohama con sus hermanas y le cogía muy lejos. Además, había aprovechado la ocasión para pedirle a mi amigo que le trajera también de allí la *Canon* digital *reflex*. Para acabarlo de redondear, esa llamada había agotado la batería de su móvil. Embrollo servido. Por eso no había manera de localizarlo.

Por el camino, reflexiono sobre el gigantesco malentendido que nos ha tenido a todos en jaque. Rebobino la cinta de los recuerdos en la medida de lo que me es posible... Y rememoro el comentario que Akemi hizo sobre la posible marcha de Kasuga:

–Amateratsu-*san*, ¿en qué piensas?

–¡Oh! En el lío que se ha organizado por tu presunta marcha. Estaba recordando un comentario de tu hermana al respecto.

–¿Cuándo lo hizo?

–Creo que el lunes.

–¿Y no sabes que día del mes era?

–A ver, espera. Hoy es 6, ¿verdad?

–Sí.

–Entonces era día 1... ¡Kasuga Akemi, en cuanto nos veamos no respondo de lo que te vaya a pasar!

–Déjalo, es la locura del *April's fool*. ¡Ah!, otra cosa: quien se marcha es mi madre, no yo. Que os quede claro.

Ambos nos reímos por el lío organizado. Es lo mínimo que podemos hacer tras lo que hemos sufrido. Sin embargo, lo sucedido representa un aviso ante lo que tenga que venir... Y los conflictos que, sí o sí, se presentarán.

Domingo 7 de Abril (Kasuga):

Hoy no me ha hecho falta el despertador para levantarme. Después de todo lo acontecido ayer he dormido a pierna suelta. Y, para acabarlo de redondear, el día acompaña en todas partes y en todos los sentidos. Mi única preocupación va a ser blindar mi mente para que ni mis hermanos ni mis primos puedan hurgar en mi cabeza. Como era de esperar, Akemi es la primera en preguntar sobre el porqué de mi sonrisa mientras desayunamos. *No comment*. Y que no se le ocurra usar los poderes. La presencia de *otōsan* la disuade de fisgonear. Mi madre, de momento, se mantiene al margen, ocupada especialmente en el tema de preparar la comida. Al final, para relajar la tensión, sólo comento que ayer me lo pase en grande. De paso, ‘regaño’ a mi padre: a ver si a la próxima se acuerda de traerse las cámaras fotográficas.

Esta vez el coche se queda en casa. Nos desplazamos a Yokohama en tren. Por el camino, mientras observo como el convoy va dejando atrás los edificios, mi mente reproduce el encuentro de anoche en el parque. La expresión de Amateratsu, con lágrimas en los ojos, pidiéndome que no me marchara, y con esa sonrisa que hechiza mientras le respondía que de eso ni hablar. Estaba tan hermosa. Lo que me soltó mientras me abrazaba sé que fue un simple cumplido: a buen seguro que Nakahara también habría hecho lo mismo. Pero dudo muchísimo que hubiera empleado la misma fuerza e intensidad. Una vez más, las palabras que mi madre utilizó para reconfortarme el lunes pasado vuelven a mi cabeza. Qué cierto es aquello que uno no puede opinar sobre lo que no ha vivido. *Okāsan* sí. Al final, comprendo que todo se reduce a una sola palabra: creer.

Cuando llegamos, nuestros tíos ya nos están esperando. De hecho, tío Sōichirō ha madrugado para ocupar un buen lugar donde comer. Llegamos cuando casi todo está preparado: las lonas, los platos, los bentō con la comida, el *sake*, la cerveza, los *sakura mochi*... Y es cuando aparecen mis primos, y los ‘problemas’: Minako y Eīchi. En especial el segundo, que al verme con una sonrisa de oreja a oreja, suelta a bocajarro uno de sus comentarios impropios: me pregunta si ya me he ‘estrenado’. Mala idea. Y más delante de tía Manami, que no tarda ni tres segundos en castigarlo de manera discreta: a través de los poderes, le deja sin voz durante un buen rato. Se ha pasado unos cuantos pueblos.

Los últimos en llegar son mis abuelos. Nada más tomar asiento, Takashi-ōjīchan tiene la ‘gran’ idea de preguntarme, delante de todos, que tal me va con Amateratsu. Ya tiene narices que quien menos preocupaciones debería darme es quien me mete en un lío. Eīchi, medio mudo, trata de contener la risa tras esbozar una mueca maliciosa. Minako, por su parte, sonrío resignada, preguntándose cuando será su turno. A pesar de lo sucedido el verano pasado, debo compadecerla. Por su parte, mi madre sonrío con satisfacción. Aunque no conoce los detalles, imagina que ha habido un final feliz a lo que fuera que me estuviera pasando. Mientras tanto, Akemi no habla. Tan sólo come con el ansia de quien ha perdido peso tras sufrir una pesadilla en forma de enfermedad.

Los *sakura* despojados de sus hojas por el viento. Las risas y las carcajadas de los momentos divertidos que se van sucediendo. La deliciosa comida de tía Manami y *okāsan*. La felicidad casi completa que ha vuelto cuando todo, en teoría, vuelve a empezar. Ésa es la escena que Takashi-ōjīchan me enseña en su estudio unos días

después, cuando revela las fotos. Es la que me entrega para que recuerde aquellos días.

Fin del capítulo

Sobre la idea del capítulo y los títulos

¡*Konnichiwa* a tod@s! Me ha costado un poco pero por fin he logrado concluir el capítulo. Cuando me planteé la idea de crear este *fan fic* tenía bastante claro que quería dar el punto de vista de la otra parte, ya que pocas son las veces en las que sabemos qué se le está pasando por la cabeza a Madoka –aunque eso sí, son muy intensas–. Para no traicionar la esencia *shōnen* con aroma a *shōjo*, quedaba claro que era Izumi quien debía expresarlo –tal vez otro día hable de su lado *femenino*, aunque suene extraño en los hombres–. Sin embargo, al empezar este segundo curso me dije: “¿por qué no narrar, por una vez, lo que piensa –y siente– Amateratsu?”. De ahí que, al leerlo, observéis los asteriscos que marcan el cambio de punto de vista de los dos narradores. Espero que no os hayáis mareado y/o perdido con tanto movimiento de perspectiva (^_^j).

Por otro lado, como ya debéis haber observado, todos los títulos de los capítulos corresponden a canciones de Roxette. La razón es muy sencilla: de la misma manera que el dúo sueco me convirtió en un melómano, *Kimagure Orange Road* es la historia que me introdujo en el más que interesante y sorprendente mundo del Manga y el Anime. De ahí que la relación de intenciones sea tan estrecha. Eso no quiere decir que, a lo mejor y de cara a la tercera temporada, no cambie de idea. Por cierto, estoy encantado de que hayan vuelto con un nuevo disco, aunque los años –como ya tuvimos la ocasión de comprobar los que estamos tras este *fan site* con *Matsumoto-sensei*– no pasan en balde –ya son casi cincuentones y, por desgracia, a Marie Fredriksson se le notan las secuelas de la gravísima enfermedad que ha tenido que superar–. Ánimos y buena suerte para ella y para Per.

Hasta el próximo capítulo

Vize Yoshi, 12 de Junio de 2011.